

venta... Ahora, aun físicamente, se ha convertido usted en un negocio... No deje de enviarme el retrato mañana mismo; me encargo de que hagan una ampliación para mi cartel... Y, además...

Parisot se puso serio; miró con cierta inquietud á Florisa, á Babín y á Malatiré, y añadió:

— Y, además, hay que cuidar mucho las relaciones. Ahora va á verse muy solicitado en sociedad. Los *snoobs* querrán tenerle en sus salones. Hasta hoy lo han recibido como á un comparsa y lo han mirado por encima del hombro... Ya, lo consideran como una primer figura... Lo atraerán, lo mimarán... No haga ascos... No deje perder la ocasión. Exhibase, pero sin prodigarse. Ayer, afirmando audazmente su altivez y procediendo casi brutalmente, obraba usted sin razón... Hoy la situación ha cambiado y ya tiene razón...

Florisa interrumpió á Parisot, diciéndole:

— Supongo que alude á la señora de Sortais. Y me figuro que no aconsejará usted á Treillard que reanude las equivocaciones en que ha incurrido.

— ¡De ningún modo! Le aconsejo no que rompa con ella, que conserve esa amistad, que se aproveche de la influencia, real y efectiva, que esa dama puede proporcionarle, y, especialmente, le aconsejo que no recaiga en las simplezas que han estado á pique de comprometerlo todo. Con una mujer de ese género, el platonismo es de rigor. Y, así, en esas condiciones, la existencia junto á ella es la perfecta realización de un sueño. Su salón es terreno de maniobras

y campo de enseñanzas prácticas. Allí se alterna con cuanto notable, en todos los órdenes, encierra París. Allí pueden observarse y estudiarse todas las intrigas, todas las miserias y todas las pequeñeces humanas. Pero, para efectuar ese trabajo y para cosechar beneficios y enseñanzas, es preciso no embobarse mirando los lindos ojos de la dueña de la casa. Si se limita á ser su amigo, cuente usted con que resueltamente, lealmente, la Marquesa le dará cuanto dependa de ella y le servirá en cuanto esté á su alcance.

— Es imposible expresarlo mejor — afirmó Florisa. — Y esté tranquilo, Treillard; si usted siente algún capricho hacia las amigas de la señora de Sortais, ésta no le pondrá obstáculos. Muy al contrario.

— ¡Oh! ¡Florisa! — exclamó papá Babín, alarmado.

— Mi querido ancianito, acostúmbrese á oírme hablar de las mujeres cual si yo fuera hombre. En este momento sólo me preocupo del interés de Treillard. Si Andrés tuviese el carácter rudo y feroz de un solitario, yo le diría: márchese al campo y trabaje en la soledad y en el aislamiento. Pero nuestro amigo es frívolo, sensible y un poquitito vividor. La vida de sociedad, con su variedad de cuadros y de personajes, le resulta necesaria. Así pues, le aconsejo, como el señor Parisot, que escoja bien el medio en que ha de maniobrar. Y dicho esto, como son cerca de las dos de la madrugada, basta de filosofía, y larguémonos á nuestros respectivos domicilios.

Treillard va á dormir sobre almohada de laureles.

Tres años después, en el hotel de la señora de Sortais, hacia las cinco de la tarde, un grupo de amigos estaba instalado en el salón, alrededor de la chimenea. Había nevado abundantemente, y las calles estaban cubiertas por blanca alfombra. La minúscula señora de Gantis entró, muy rubia, muy sonrosada bajo sus cibelinas y, estrechando la mano á la Marquesa:

— Vengo á darle mi enhorabuena. ¡Qué triunfo obtuvo usted ayer, en la *Matinée* de los poetas, con las *Armonías color malva!* Melval estuvo realmente sublime en el *Nocturno pálido*. ¡Qué producción tan personal y tan delicada! Hacía falta un artista tan insigne como Melval, para darle relieve...

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! — refunfuñó el barón de Duburle, crispando levemente el rostro. Y, para digerir mejor su admiración, se sorbió una taza de te, hirviendo, aromatizado con unas gotas de marrasquino.

— He hablado con el Ministro de Instrucción Pública — dijo Crespel, diputado socialista millonario — á propósito del presupuesto sometido á mi informe; el nombre de usted, Marquesa, surgió naturalmente en la conversación, al tratar de literatura... El Ministro exclamó: Es una escritora de extraordinario talento...

La señora de Sortais sonrió, hizo, con la mano, un leve movimiento de protesta y murmuró:

— Si el Ministro quiere complacerme, que conceda á Treillard la roseta para el 14 de Julio próximo... ¡Resulta escandaloso que Treillard no sea ya Oficial de la Legión de honor!...

— ¡Ah! condesa, es que está mal conceptuado en el Ministerio — replicó Crespel. — Se le tacha de reaccionario.

— ¿Qué relación existe entre la opinión particular de un hombre y su talento, públicamente reconocido?...

— Una relación decisiva. El Gobierno considera las cruces que otorga, no como recompensas y sí como favores. Y la fórmula es: nadie obtendrá cosa alguna, excepto nosotros y nuestros amigos.

— Entonces ¿qué valor tienen esos favores?

— Pequeñísimo. Así se explica que los hombres ilustres no sean ni caballeros, y que los mamarrachos sean grandes dignatarios. Pero, tratándose de Treillard, venceremos todas las dificultades. Haré cuestión personal el asunto.

— ¡Entonces, está logrado! — observó graciosamente la dama. — Ya se sabe que para usted no hay dificultades y que es omnipotente.

— En todo caso, seré amigo leal de mis amigos — contestó el diputado socialista — y me honro siendo de los mejores de usted.

La señora de Sortais se llevó á Crespel al hueco de una ventana, y, allí, mirándolo con fijeza:

— Se habla de usted, con toda formalidad, para el

desempeño de una cartera en la próxima combinación ministerial.

— ¡No! Aun no puedo aspirar más que á una subsecretaría de Estado. Y esa la conseguiré si usted me presta el apoyo de sus amigos de la alta banca. Después de la del Jefe, su influencia es soberana.

— Pues le ofrezco ese apoyo. Ya sabe que, cuando prometo cualquier cosa, la cumplo...

— Y yo; bajo mi palabra, le aseguro que nuestro amigo tendrá la roseta.

Volvieron á aproximarse á la chimenea. La baronesa de Folentin acababa de llegar, con su hermano, el joven Prévinières. Ya éste había entablado un flirteo animadísimo con la minúscula señora de Gantis. Le hablaba muy bajito y muy de cerca.

— Mire, mi linda amiga, conviene que no se deje apabullar por los talentos literarios que aquí se cacarean. La realidad es completamente distinta de las apariencias. Los que más fama tienen, no son los que trabajan.

— ¡Murmurador! Ya va usted á decirme lo que me han dicho todos, en los cuatro años que llevo de visitar á la Marquesa... Lo cierto es que nuestra amiga tiene mucho ingenio.

— Lo cual no es razón para que posea talento. Cuando usted quiera, puede ser tan talentuda como la Marquesa... No tiene más que confiar en mí. Yo le proporcionaré *Armonías color malva*. O, mejor dicho, se las encargaré á un amigo mío, que es un

asombro, y que sirve simbolismos, por horas ó por carreras, como se le pida...

— ¡Se está usted burlando de mí! Ante todo, ¿qué cosa es simbolismo?

— Oiga ¿quiere ir mañana, á las cuatro de la tarde, á mi casa, calle de Astorg, número 21, entresuelo?... Yo le enseñaré á usted lo que es simbolismo... Será asunto de unas cuantas lecciones, con figuras demostrativas.

— ¡Está usted loco!

— No lo niego; pero es por usted.

— Es preciso ser desahogadísimo para hablarme de esas cosas, aquí...

— ¿Por qué no? ¿Por qué aquí?...

— Porque es usted el amante de la Marquesa...

— ¿Yo? ¡Ah! ¡Jesús! ¡Señor! ¿Qué me está diciendo? ¿Yo el amante de esa mujer encantadora que, en este momento, sirve el te y nos mira?... ¡No! ¡No! Si lo fuera, discurriendo con lógica, no me hallaría hoy, al lado de usted, en este salón templado y lleno de flores... ¿Dónde se encuentra el Marqués?

— Cazando.

— Pues ahí tiene usted la prueba de que no sostengo relaciones con su esposa. Si las sostuviera, estaría con el Marqués, corriendo por los campos cubiertos de nieve, dando guerra á las alimañas selváticas...

— Pero el año último acompañó usted al señor de Sortais á todas las cacerías...

— ¡Ah! El año último... ¡era el año último! Pero el presente año!...

— ¡Es el presente año!

— ¡Eso mismo! Así, pues, bellísima señora, soy libre, completamente libre, como el aire que respiramos. Y en la calle de Astorg, 21, entresuelo, á las cuatro de la tarde... Enteramente á su disposición.

La llegada de Fabreguier y de Treillard, interrumpió aquellos fútiles discreteos. Treillard, sonriendo, estrechó la mano de la Marquesa, y la dejó apoderarse del académico, al cual parecía estar aguardando con impaciencia. Después, se aproximó al grupo de las señoras, y se sirvió una taza de te. Ya no era aquel Treillard delgado, ojeroso, sombrío y mal vestido, al cual los contertulios de la señora de Sortais habían desdeñado en otro tiempo. Bien trajeado por un excelente sastre, calzado con botas de charol, correctamente enguantado, con los cabellos perfectamente cortados y la barba cuidada, grueso y rozagante por el triunfo y por la vida agradable, Treillard podía pasar por un cumplidísimo *gentleman*. El fuego que, antaño, le ardía en los hundidos ojos, la crispación de la boca inquieta, toda la fisonomía reveladora de amargura, se había dulcificado y esclarecido. Parecía un hombre feliz.

Mientras tanto, Fabreguier había sido arrastrado por la Marquesa lejos de la mesa del *lunch*, hacia la cual dirigía miradas lastimosas, porque veía rutilar, en cristalino frasco, un vino color de topacio, por el cual sentía especial predilección.

— ¡Veamos! ¡Veamos! ¡Cuénteme! — decía la dama. — ¿Se ha hecho rogar mucho Florisa Barel?

— Justamente lo preciso para que tuviese valor su capitulación.

— ¿Vendrá?

— Vendrá. Pero no en la intimidad. En una gran recepción, á la que asistan literatos.

— Muy bien. Ya escogeré los invitados. Convidaré á Malatiré.

— Ya puede estar segura de que rehusará. Se ha dedicado á odiar á Treillard.

— Naturalmente. Hay muchísima diferencia entre los dos. Nunca se podrá domesticar Malatiré. Es un oso hambriento, un patán grosero del Danubio. Ya puede hacer toda la oposición que quiera... Estará sólo... Lo importante es que Florisa venga á mi casa. ¡Y vendrá! ¡Qué desquite para mí!

— ¡Qué victoria, sobre todo, para Treillard! Florisa ha cedido por él. En el fondo, estoy seguro de que esa joven extraordinaria ama á nuestro amigo. Ya sabe usted que éste ha querido casarse con ella, y que ella no ha aceptado. Lo cual no quita para que Florisa lo ame, aun cuando haya sacrificado el cariño á su pasión por la libertad.

— ¡Bah! Que lo ame cuanto guste, con tal de que le sirva y de que no me ponga mala cara. A la altura á que hemos llegado Treillard y yo, ya comprenderá que no debemos tener más que amigos. Todo ha de contribuir á conquistarnos simpatías. Usted, mi que-

rido amigo, nos ha sido y continuará siéndonos, en lo porvenir, muy útil. Le debemos inmensa gratitud por haber sido nuestro protector. Cuando se haya estrenado y haya obtenido el gran éxito que esperamos, la comedia que Treillard está ensayando en el Teatro Francés, nuestro amigo será el jefe de la moderna generación. Ya no tendrá que ocuparse más que en cosechar. Y él y yo, apoyándonos mutuamente, ocuparemos lugar preeminente en el mundo de las letras. Nos hemos asociado juntando cuanto puede proporcionar brillo y atractivo á una casa: reputación, talento, amabilidad y fortuna considerable. Nuestra política de amistad, ha ofrecido admirables resultados...

— Marquesa, reconozco y aplaudo la habilidad con que ha maniobrado usted. Porque Treillard se ha limitado á dejar hacer...

— Ha tenido el mérito de ser razonable, — interrumpió vivamente la señora de Sortais, — y yo lo sé mejor que nadie. Ha logrado recompensa... Nada más justo... Aún logrará más... Su inclinación acentuadísima hacia el partido conservador le ha proporcionado amistades muy valiosas. Todo esto, en su día, dará fruto.

— Malatiré nos molestará de firme para el ingreso en la Academia. Acusa á Treillard de falta de sinceridad en sus convicciones filosóficas.

— Está celoso de la reputación de nuestro amigo y de la amistad que le ha conservado Florisa Barel... Pero se verá obligado á ceder, como los demás...

Hay un momento en la carrera de un literato, en que las hostilidades cesan, porque no tienen ya razón de ser. No se levantan obstáculos en el camino de un competidor, más que en tanto cuanto se cree posible detenerlo. Cuando se comprende que todas las resistencias son inútiles, no hay más que resignarse. Y esa resignación, que es prueba de la supremacía de un artista, Treillard está en vísperas de lograrla.

— Y usted, Marquesa, ya la ha logrado, — dijo cortesmente el académico.

— ¡Oh! ¡Yo! Soy una mujer, y se me trata con galantería. Conviene que no me forje ilusiones. Entra por mucho la benevolencia en el juicio que se forma acerca de mis obras. Pero, aun cuando no estoy ciega, me hallo satisfechísima y me considero muy favorecida por la suerte.

Se aproximaron á la chimenea, ante la cual Treillard se daba tono, conversando con la minúscula señora de Gantis, que lo oía encantada:

— El ideal, querida señora, consiste en trabajar cuatro meses al año, y en invertir el tiempo restante en pasear, observar, divertirse y disfrutar de la existencia. Un escritor, inclinado constantemente sobre las cuartillas, y pensando sólo en llenar de tinta negra el papel blanco, se convierte en una máquina de escribir insignificante y vulgar. Hay que vivir la vida y hay que procurarse sensaciones. Un literato debe ser tan elegante y tan refinado y debe estar tan bien relacionado como el que más de su época. Es condición indispensable la de que renueve á diario ideas

é impresiones. En los lugares que visita, encuentra decoraciones; en las mujeres que admira, halla datos para elegantizar á sus heroínas; los discreteos que pone en boca de sus personajes, generalmente los ha oído y los reproduce... Para vivir en la torre de marfil, hay que ser de Vigny, y resignarse á producir poco... Y ¿qué valor tiene un artista que no produce? Balzac nos ha condenado á trabajos forzados con los sesenta volúmenes de su *Comedia humana*. Hombre célebre, con un sólo libro, ni existe, ni puede ya existir. O, ha condenarse á no ser conocido más que por una *élite*. Y no hay satisfacción tan completa como la de sentirse en contacto con las grandes masas del público. El día en que un artista pasa entre la multitud, por la calle, y vé que las gentes vuelven la cabeza y oye que pronuncian su nombre á media voz, experimenta la verdadera sensación de la gloria. Es preciso ser popular. Los que alardean de despreciar á la popularidad, son aquellos que nunca han podido alcanzarla. Hay una fábula lindísima de La Fontaine, sobre este tema...

— El zorro y las uvas, — dijo riendo el joven Prévinières.

— Pero, querido maestro, — interrogó la señora de Gantis, — si le lloviese del cielo una herencia de cien mil francos de renta ¿continuaría usted trabajando?

— Pídale la contestación á la Marquesa, — contestó el literato, de modo que lo oyese la señora de Sortais.

— ¡Eh! ¿Qué pregunta usted, monina? — exclamó la autora de *Armonías color malva*. — Mire, la literatura es como la túnica de Neso. O no hay modo de llevarla ó se nos adhiere y sólo nos desprendemos de ella con la vida.

— Y, cuando es prestada, no se la suelta ni á tres tirones, — susurró al oído de la jovencita, el malicioso Prévinières. Luego añadió, formalmente, en voz alta:

— Entonces, eso debe ser una especie de intoxicación. ¡Se llevará en la masa de la sangre! ¡Ah! Puede acarrear consecuencias funestas. Porque, por una mujer de genio, como la que nosotros conocemos en la aristocracia ¿cuántas pécoras hay, que invocando esa teoría, se considerarían con derecho á ensañarse, aburriéndonos con sus soporíferas producciones? ¿No habría modo de cortarles las alas y de obligarlas á que soltasen la lira?

El barón de Duburle, que, desde hacía rato, se mostraba muy inquieto, gritó bruscamente:

— ¡Exceso de literatura! ¡Exceso de escritores! ¡Exceso de libros! ¡Exceso de periódicos! Francia se encuentra atacada de histeria literaria, que la lleva derechamente á la demencia. El primer imbécil que acaba de nacer, quiere, hoy, tener ideas y expresarlas... De cada dos franceses hay uno que escribe...

— ¡Y otro que no lo lee! — observó bromeando la baronesa de Folentin.

— ¡Afortunadamente! — afirmó Fabreguier, con gesto de terror.

— ¡Vamos! ¡No regañemos! Ese mal es mucho menor de lo que nuestro amigo declara, — manifestó Treillard, riendo. — ¿Hay derecho para denostar tan violentamente á una profesión que da de comer á millones de hombres? Porque para publicar un libro hace falta algo más que papel, tinta y pluma. Hacen falta: fábricas, que engullan bosques reduciéndolos á pastas; fundiciones para los caracteres de imprenta; talleres para la construcción de máquinas impresoras; tipógrafos que compongan; maquinistas que impriman; plegadores y encuadernadores para presentar los libros; librerías para venderlos; periódicos para elogiarlos, y, en fin, mil y mil oficios, que renuncio á enumerar, y que viven del pensamiento fecundo del escritor, que, pacientemente instalado ante una mesa, exterioriza en las blancas cuartillas sus voluptuosidades imaginativas. Si es una locura, convenga usted, Barón, en que es una locura tranquila y, en ningún caso, perniciosa. Tengamos, pues, benevolencia hacia ella.

— Usted ha tratado el asunto en su aspecto utilitario, — añadió la señora de Sortais. — Pero si lo estudiamos únicamente desde el punto de vista ideal, hallaremos que la literatura lanza á la frente de Francia, despojada de sus antiguas glorias, una postrera fulguración de grandeza. El mundo entero le rinde vasallaje. Todos los teatros del extranjero viven de nuestras comedias... Y Treillard es tan aplaudido en Roma, en Berlín ó en Londres, como en París...

— Y muchísimo menos discutido, — exclamó el escritor, levantándose para despedirse.

— ¿Irá usted esta noche á mi palco de la Opera? — preguntó la condesa á Treillard, acompañándolo.

— No podré; como en casa de la señora de Grodsko.

— ¿Pero eso va á durar siempre? — preguntó sonriendo la Marquesa.

— ¡Ah! ¡No me hable de ello! Creo que nunca podré verme libre... Me impide trabajar...

— Bueno. Lléveme á esa amable y tiránica mujer, esta noche, si es posible... Yo la llamaré al orden. Que lo ame mucho, me parece muy bien. Pero que perturbe la carrera de usted, es inadmisibile.

Miráronse afectuosamente, y, tan lejos de sus antiguos disgustos, unidos por una alianza de suprema conveniencia, se estrecharon la mano con absoluta confianza.

— Toda vez que se presta bondadosamente á sermonear á esa locuela, procuraré llevarla esta noche al palco de usted.

— Cuente conmigo.

Treillard inclinóse para besarle la mano, y murmuró:

— ¡Que amiga tan admirable es usted para mí! Y la Marquesa sonriendo indulgentemente:

— ¡Mi triunfo, es haber conseguido hacérselo comprender á usted.

Imp. PAUL DUPONT, 144, rue Montmartre — Paris, 2^e arr^t. — 773.10.1906

